

Autor: Adriana Hercman – Escuela Freudiana de la Argentina

Título: Prácticas del intervalo

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

---

A poco de acordar la interrupción de su análisis, un niño me pregunta: *¿cómo es que jugando dejé de enfermarme?* Cuando lo conocí, padecía de difusas diarreas y riesgosos episodios de altísima o muy baja temperatura corporal. Consumía tres frascos de antibiótico por mes. Llega a la consulta luego de que una punción de médula no arroja explicación a su dolencia.

Único hijo, no ve a su padre hace varios años. No lleva su apellido, ya que la madre no permitió que reconociera legalmente al niño. Éste habría consentido alejándose.

En los primeros encuentros, no muestra interés por los objetos del consultorio y casi no juega, apenas ordena y alinea objetos. Dice de un dibujo: “*es una mujer, atrás hay un fantasma... A ella no la asusta, porque no lo ve, no lo está mirando*”. Una madre que mira para otro lado: a ella la cuestión del padre parece no afectarle, prefiere que no aparezca, se rehúsa a llamarlo e incluso reclamarle dinero, supone que es lo mejor para su hijo.

Dice el niño: “*Tengo mucha bronca y estoy muy enojado, hace mucho que no veo a mi papá. No puedo decirle lo que me pasa... me lo como y me enfermo*”.

Esto último me permite conjeturar que en este niño algo aparece fallido en la operación de incorporación del padre de la identificación primaria, aquella anterior a toda carga de objeto. Habría fallas en la incorporación de ese lazo primordial que se efectúa en la perpetración del acto criminal en que el padre se instaura como simbólico, la incorporación de un vacío que no logra consumarse como falta, condición de posibilidad de todo despliegue significante.

En la lengua de la pulsión oral, lo que el niño denuncia es que lo que come es más bien *nada*, y esto lo enferma.

La inhibición en el juego, como detenimiento en el encadenamiento de las palabras, confirma también la falta de sustitución metafórica. Hay una inscripción del significante falo pero un impasse en su función simbolizante. Cómo operar con la inhibición si no es haciéndola entrar en las coordenadas de lo simbólico?

La enfermedad de este niño da el máximo de garantía al desconocimiento de la madre respecto de su propia verdad y deja el campo libre al discurso de la medicina. Habla de una falla en el pasaje de cuerpo viviente a cuerpo marcado por el significante. Cuerpo que no logra metaforizar el goce en aquello que Freud designó como realidad psíquica, donde la causa quede fuera del campo y la posibilidad de su aparición produzca angustia.

El pasaje del lenguaje al discurso implica el tiempo lógico de la infancia en que este pasaje se inscribe. Es necesario para ello que el sujeto renuncie al goce cerrado, a la devoración por la madre, y su condición es la función paterna operando en la estructura.

Me decido a llamar al padre. Es por intermedio del niño que su madre me acerca su número telefónico. El padre jamás vino a la cita pero poco después, va a buscarnos algunas veces a la escuela. Estos encuentros permiten que el niño le diga algunas cosas, en especial, que certifique que es encontrable y está vivo. Ante mi pregunta dirá que encontró "alivio", llevándose una mano al estómago. No volvió a tener diarreas.

Cesan de a poco las enfermedades y comienzan los problemas de conducta en la escuela, olvidos de objetos personales y situaciones de franca rebeldía con su madre. Simultáneamente, en las sesiones empieza a jugar-se: en la escena lúdica despliega una posición pasiva hacia su padre: entrenador de fútbol, maestro, director de escuela.

En las vueltas jugadas, dichas en un análisis, se van conformando las versiones conque se escribe la realidad ficcional con que el sujeto vela la falta, propagándose en la ignorancia de aquello que lo causa

En el despliegue lúdico se produce la exclusión que da lugar a lo rechazado primordial, -el lugar de 'lo otro', de 'otra escena'- al tiempo que marca, afirma primordialmente el campo de los posibles, operación de negación que hace posible todo discurso. Como escritura, desempeña el papel de rito de entierro: exorciza la muerte al introducirla en el discurso y es precisamente la exclusión de ese resto mortífero lo que marca la consumación del acto de incorporación.

Desde Freud, el cuerpo aparece como sede de la angustia automática así como el yo lo es de la angustia señal. Sólo la articulación de la excitación en una cadena de

significantes puede transformarla en apta para el placer: la represión primaria da un destino psíquico al trauma. Retroactivamente, el fantasma lo ubicará como tal.

Lo que nuestra práctica nos enseña permanentemente es que el cuerpo no se subsume al significante sin un resto, y que es sólo con su pérdida que este resto irá al lugar de causa del movimiento deseante.

El niño no podrá jugar hasta tanto no simbolice con una marca ese vacío, marca cuya escritura también tiene una tinta "lúdica". El Fort-Da es una operación que si permite perder un objeto es porque simultáneamente recupera en la palabra algo de ese cuerpo perdido en el deseo de la madre. Así, por su raíz pulsional, la palabra es cuerpo.

Más allá de las referencias antropológicas de Tótem y Tabú pero no sin ellas, con Lacan entendemos que –más allá del orden de la representación- el padre es un significante, aquel que autoriza el encadenamiento significante y lo sostiene. Significante amo que ordena, estructura las condiciones del desear introduciendo lo numerable, lo posible de ser contado, la posibilidad de la cuenta como serie de la que el sujeto pueda descontarse. Paternidad y metáfora hablan del orden de legalidad que rige las formaciones del inconsciente y ordena el horizonte edípico en torno a la prohibición del incesto, siendo la vía metafórica el único modo de acceso del sujeto a la función del padre. Entiendo que si Lacan en 1960 habla de metáfora del sujeto es desde una perspectiva tendiente a dimensionar con mayor justicia el orden de esta legalidad subjetiva: la existencia del sujeto está ligada al éxito de la metáfora.

En el análisis de un niño, el analista no será espectador de la escena lúdica, tampoco traductor de significaciones sino alguien que presta su voz y sus palabras. Si el analista mantiene la experiencia en su autenticidad freudiana como experiencia de discurso, sostenido en su deseo irá en busca de que se escriba. El niño juega. En el curso de la repetición lúdica y por medio de los objetos puestos en juego, la interpretación lee, escribe un decir. Entonces, el juego –como el deseo- es su interpretación.

En este caso, la operación analítica, vía la metaforización que el despliegue del juego permite, hizo posible un relanzamiento del trabajo de cifrado de aquello que

encontraba un impasse en su inscripción, dialectizando en transferencia aquello que no cesaba de no escribirse

Como analistas nos vemos convocados a estas prácticas en el intervalo, prácticas del detenimiento en el trabajo de cifrado, del impasse en las operaciones de estructuración subjetiva. Término impasse que envía a las acepciones de obstáculo y de salto. Una vez atravesado el obstáculo, se pasa a otro orden de existencia.